

El Malecón Sur

Será tal vez que el tiempo magnifica las cosas, que las historias se transforman en anécdotas, que los recuerdos toman forma de cuentos. Será por eso que una de las primeras aventuras náuticas adquirió un significado especial, con el tiempo y las sucesivas menciones se fue haciendo más epopéyico y glorioso, tal vez.

Pero desde ese mismo momento esta historia fue un motivo de fuerte afirmación de nuestra amistad y de seguridad a nuestras vacilantes personalidades adolescentes.

La idea de acortar el sábado de arresto con una navegación era siempre atrayente para los cadetes. La isla era un páramo el fin de semana, y la inactividad, el solitario estudio y el remordimiento de la cana hacían el castigo más pesado. Por eso, decidimos ir, era una fuga parcial ...

La pequeña flotilla de los condenados iba largando amarras lentamente, sin apuro, desgastados, a medida que se armaban las improvisadas dotaciones, eso exasperaba más al nuevo profesor Wrotniak. Nuestro Polaris quedó finalmente tripulado por Ernesto A. como timonel, Eduardo N. P. a proa y yo al centro.

El itinerario dependía, obviamente del viento, pero era tan libre como podíamos armarlo, apelando a nuestra teórica falta de habilidad, y, sobre todo, al número de barcos que podían dispersarse del control de la lancha del profe. Ese día se ordenó (o así creímos, porque nos encantaba) ir hacia el norte, al Club de Regatas La Plata, las chicas de sus orillas y la cantina eran un destino ansiado por los célibes reos. Sólo había que pasar correctamente frente a las guardias del muelle oeste de la Escuela Naval, con sus celosos cadetes vigías. Allí nos dirigimos en difuso tropel (“convoy” diría más propiamente el Chule).

Como era usual, habíamos abastecido la sentina con sachets de leche y “ranchos volantes”, una típicas raciones de emparedados de milanesa, manzana, huevo duro y chocolate, todo en una única bolsa que unificaba texturas y sabores. Era fin de agosto, un día desapacible, frío y nublado; no obstante, era mejor que estudiar solos física para Crudi, esperando la hora del ferry que liberador nos pondría a las orillas del andén final del Roca en estación Ensenada.

Tiritando bajo la blanca polera y el desgastado gabán azul, nos quedaba el recurso de acalorarnos en una improvisada regata o batalla naval. Hacía frío para lo último, así que optamos por hacer punta de la flota.

Con el viento favorable, llegamos pronto frente al desierto club y con mucho tiempo remanente para el horario de regreso, decidimos salir del Río Santiago, por el canal de Propulsorita y navegar a río abierto, frente a la Ensenada de Barragán. La maniobra era bien fácil para el timón del Caño y para mí, hacíamos una pareja veterana de navegaciones y arrestos, unida además por el rugby y las pachangas. Chacho, el más bisoño, maniobraba el foque según le ordenábamos, en lacónicas mandatos marineros: ¡caza!, ¡fila!, ¡cambia!, ¡larga!, ¡en banda! ... mucho más no había.

Wrotniak arreaba la manada como podía, y no sabía muy bien los riesgos que corría. Nuestro aspecto disciplinado e inocente era sólo eso, una máscara que empleábamos por las circunstancias para hacer lo más parecido a lo que queríamos.

Salimos al río. Había más viento, más olas, las playas de Punta Lara más amplias, era más aventura ... más libertad ...

Seguía sobrando el tiempo, siempre parecía eterno, menos durante los manijazos. La derrota a barlovento nos engañó bastante y creíamos en un simple y torpe cálculo erróneo, que el camino de regreso demandaría un lapso similar. Envalentonados por nuestra creciente pericia, insistimos en tomar el camino de retorno por fuera de las islas, entrando por el sur, por el canal principal de acceso al puerto de La Plata, éramos Magallanes, El Cano y un ex-negro Chacho de Triana, que palidecía progresivamente con el mareo.

El hecho de que hubiera barcos con cadetes más antiguos en la vanguardia y de que el profe estuviera más que entretenido sobrepasado ordenando los Penguins de la cola, nos fue entusiasmando. Varios motivos tuvimos luego para entender que no es bueno seguir en aguas desconocidas a una dotación de Infantes de Marina, oriundos ellos de tierras mediterráneas. La cosa, es que nos fuimos separando, aventajando al núcleo con un viento cada vez mayor, que desde la amura de estribor, a todo paño nos movía con fuerza. El palo de madera combaba sensualmente, las velas planchaban sus arrugas, cantábamos alegremente mientras devorábamos los últimos mendrugos de la vianda. Por las dudas, nos pusimos los salvavidas de cuerina naranja y telgopor, porque abrigaban algo, paraban un poco el viento al pecho ... sólo por eso, éramos muy machos.

Conocíamos bastante el canal, cuyo acceso señalaban dos enormes balizas, y cuya parte final, hacia las islas indicaba una antigua torre de semáforo marino, una vetustez impensable en la actualidad: especie de grúa que con luces, banderas, globos y conos en diferentes drizas indicaba altura de marea y corriente. Sus señales, atendidas por grises torreros, eran todavía confusas para nosotros. Los veriles eran escolleras semi-hundidas de piedra, de las que afloraban los restos de tres hileras de agudos maderos. Marineros muy novicios, apenas sabíamos distinguir todo eso, aunque nos lo habían explicado en diez embarcos en los patrulleros King y Murature. De cualquier modo sabíamos que había que navegar por el centro y, en todo caso, conservar la derecha en un cruce.

El viento ya arreciaba y el barco más próximo, el Polaris de Pérez Bacchi y Coudannes nos sacaba casi cinco cables, el resto venía muy atrás, muy escorados y tomando manos de rizo. A menos de dos horas de la formación de salida de licencia y ya casi adentro del canal no íbamos nosotros a reducir paño, de ninguna manera, ya estábamos en tercer año y éramos una buena dotación (¿ya lo dije no?), ¡no señor, haríamos las cosas rápido!.

Las troncocónicas (y suena casi como insulto) farolas escoradas, de oxidados perfiles de fierro, parecían alejarse, soplaban del través ahora y, además de la deriva descubríamos el efecto de la corriente, que nos abría hacia el río. Ceñir implicaba apuntar a las escolleras, pero debíamos rodearlas, al derivar nos alejábamos; la maldita orza no es muy grande en el Polaris. Con el cabeceo no fuimos mojando un poco. El Chacho ya tornaba a un macilento color de hastío y marejada. La aventura, que por serlo desafiaba un poco la seguridad y expone al riesgo, se iba desfigurando en angustia. Tiritábamos, supongo que de frío.

Varias maniobras cambiando amuras, cazando la mayor y el foque hasta paspar las manos, pero finalmente logramos tomar el ansiado canal, refugio del embate de las olas, seguro camino a casa. Qué curioso, ahora el Liceo era nuestro cálido hogar ...

Lejos atrás el resto, en desesperadas maniobras similares, más mojados, seguían las instrucciones de un Wrotniak que apenas les llegaba por el megáfono de lata.

Nosotros ya estábamos tranquilos, liberados de la garra de la corriente y de los latigazos de las rompientes ... otra vez “disfrutábamos”, aunque Chacho yacía en el plano del bote, perdido ya su porte de caudillo provinciano y jurando contra Eolo, Neptuno, y las Nereidas. Mal hecho.

Como rascar el palo. Las imprecaciones no sólo son inconducentes, sino a veces, perjudiciales. A nadie le gusta que lo insulten. Menos a los caprichosos dioses de la naturaleza.

Si el viejo Bonanni, nos explicaba en las clases de Intereses Marítimos que nuestro tráfico naviero era pobre y aún subexplotado, eso no se iba a aplicar ese día. Pronto descubrimos que las estadísticas se basan en probabilidades, y que el más despreciable porcentaje existe.

Ese día, a esa mismísima hora, salía de la destilería un enorme petrolero chino, una mole anaranjada, tirada por sendos remolcadores de proa y popa. Un tren de no menos de 200 metros de eslora, que no pensaba dar prioridad a un pequeño yate a vela (esa parte del reglamento para prevenir abordajes no la teníamos muy clara, las indicaciones del viejo semáforo tampoco).

¿Cómo se dirá “¡agua!” en chino? ¿nos escucharán? ¡no creo que nos escuchen, menos que se muevan!

No lo hicieron ...

Avezados marineros de interiores, de delta y aguas someras, caímos a babor, tomamos la mala vía y ¡a sotavento!, al socaire de la bestia.

El canal se redujo virtualmente de ancho, entre el malecón y el carguero. Su pesado y lento transcurrir nos obligó a bordejear al socaire de su obra muerta. Otra vez, el efecto del paño izado, la ineficiente orza y la corriente hacia fuera, nos llevaron irreparablemente hacia el veril sur, al temido malecón.

Imagino aquel instante, en la lejanía del tiempo, viendo venir la temible mandíbula de piedras, con sus colmillos de madera y los jirones de algas en sus pétreas encías.

Cielo encapotado y gris, galerna de frente, impotencia.

En el otro barco, los orgullosos brigadieres, ya se debatían fieramente contra la escollera, encallados y desarbolados, trescientas yardas a proa.

El desastre nos alcanzaba irremediamente. Eso no estaba en los planes. ¿Y si nos hubiéramos quedado con los fesas preparando geografía para el Chalo?.

El barco empezó a rozar el fondo, los arañazos de las aristas rocosas en el pantoque nos hacían doler las costillas y fruncimos.

¡Puta que nos vamos a hundir!

¡Igual me muero de frío y mareo!

Nos miramos aturridos con el Caño y empezamos a tomar decisiones rápidas:

¡Arría todo! ¡Dale Chacho, todo abajo! Foque y mayor abajo, no importa que se vayan al agua, ¡arriá y después recogemos...!

Todos dábamos órdenes, todos los cumplíamos ...

¡Virá a estribor! ¡No hay que encallar! ¡Poné el barco paralelo a la escollera!

¡Cuidado caño, saltó el timón! Y allá se va flotando ...

¡Me tiro a buscarlo, sin timón no llegamos! Y me tiré al agua, sobre el espejo de popa; para ser frenado por el Caño que me tomó de las piernas. ¿Estás loco? El agua está helada.

Todo era una locura. Logré tomar la caña, perdimos la pala. ¡Levanta la orza! O la perdemos también, si se rompe la caja nos hundimos.

Ahora, los golpes de los postes sobre el costado levantaban la regala a pedazos. Íbamos a palo seco y toda la cubierta saltaba en trozos, llevándose la landa de los obenques de babor.

¡Bajemos el mástil! ¡cuidado que se viene!. Conseguimos bajarlo antes de que cayera.

En él enrollamos la vela mayor. El foque era casi una mortaja para Eduardo, que parecía el Oaky de Antejito, desfalleciente entre la bancada y la caja de orza.

¡Separemos el costado empujando con los remos, con las manos, de los troncos!.

¡Mantengámonos alejados!

Ernesto desde la popa y yo sentado en la cubierta de proa, intentamos todo, nos astillamos y mojamos. Estuvimos a punto de saltar a la escollera que velaba en el seno de la ola, eso había funcionado al varar en el fango de las islas. El agua helada nos disuadió, tuvimos miedo.

Luego, advertimos que la hilera era irregular, había palos rotos y otros faltantes. Si pudiéramos avanzar un poco, hasta un gran hueco, tal vez, probablemente, pudiéramos pasar sobre la escollera con la ayuda de una ola y los remos, o haciendo pie...

Era un riesgo, pero la alternativa era naufragar irremediamente. Chance o naufragio. Chance. Con la escota del foque como improvisado vaquero traté varias veces de enlazar el poste de más a proa. ¡Lo hice! Cobramos de la amarra y adelantamos unos tres metros. Otra vez, las ráfagas de viento no ayudaban, y otros tres metros.

Sin regala, con el casco crujiente, Caño separaba, yo cobraba. Finalmente, llegamos a la brecha. Nos tomamos un tiempo prudencial para analizar la profundidad, con el paso de una ola. Y nos lanzamos con todas las fuerzas y desesperación, sirgando con los remos cual gondoleros, sobre la muralla en la cresta siguiente. Arando la superficie irregular y filosa, largando hasta el aire de

los pulmones para hacernos livianos, pasamos rayando el fondo. “Espero que no se haya abierto”. ¡Pasamos!

Por fin nos alejamos. Nos alejamos ... ¡Nos vamos río abajo! ¡Cobrá de la amarra!

“La dejé atada al poste, la solté para empujar, la perdimos”.

¡Hacé otra para enlazar! ¡usá la escota de mayor!

Ya es tarde, no llego, menos contra el viento.

¡Rememos! ¿contra viento y marea?, ¿sólo nosotros dos? No podemos. Tratemos de fondear.

Alguien va a venir a buscarnos.

¡Mirá los de 5º! Están haciendo lo mismo que nosotros, resultó.

¡Mirá allá la flota está tumbada o encallada! ¿dónde está el profesor?

Allá, levantando aquel Penguin.

Derivamos sin que el ancla, con el orinque corto de la escota de mayor hiciera fondo, derivamos.

Tomamos un último sorbo de la leche fría para enjugar la boca seca.

Por suerte, el incansable y atlético Wrotniak, fue adrizando a los tumbados y desarbolados Penguins, y los fue amarrando a la escollera, del lado de sotavento, el sur. Nadie se había perdido. Zeus nos castigó con un susto pero no siguió nuestros íntimos deseos de que eliminara algún brigante indeseable.

El torrero del semáforo naval ¿no vería lo que pasaba y habría llamado por línea telefónica al Liceo? y estábamos seguros que los remolcadores habrían avisado por radio a Prefectura.

Montamos una guardia de vigías mientras los otros dos buscaban refugio entre los paños sintéticos de las velas húmedas.

La lancha se acercó a toda velocidad, pasó fugazmente, dándonos aliento y calma, pero pasó.

Quedamos absortos, incrédulos, viendo a nuestro socorro seguir de largo. Se dirigió a auxiliar a los más lejanos náufragos de la XXVII promoción que derivaban como nosotros hacia Punta Indio.

Al final, casi oscureciendo, lentamente, la lancha volvió, remolcando al otro Polaris.

Recogimos el ancla que iba a la pendura y con el mismo cabo nos amarramos a su popa. Fuimos trabajosamente, desandando camino, a buscar a los otros desafortunados retoños de marinos.

Armamos un largo tren de remolque, tres Polaris y varios Penguins. El motor interno de la vieja lanchita blanca y roja de marinería tenía polenta, esforzado y humeante, nos arrastraba despacito, hacia la boca del canal. Otra vez intentaríamos transponer los fuelles de Hércules, las farolas verde y roja del canal, pasamos cerca, muy cerca, de la boya de un casco hundido.

“Espero que no haya hierros aquí abajo, hoy no tenemos suerte”

“No te quejes, bastante suerte tenemos, la estamos contando”

Con el caer de la tarde el viento iba amainando. Seguramente los más pasivos y conservadores arrestados estaría ya camino a sus casas; con suerte llegaríamos para la cena. Ahora podíamos pensar en otra cosa.

Ni los vigías de la torre, ni la guardia de la prefectura parecieron advertir nuestro agobiado pasaje, las luces de la lancha apenas se destacaban en el crepúsculo y nos cansados tripulantes sólo asomábamos el cuello, esporádicamente, para asegurarnos que no vararíamos de nuevo. En nuestro caso, los tres nos habíamos amontonado entre las velas. Cantábamos alguna marcha conocida, cortada intempestivamente por insultos a la superioridad naval y natural, al profesor y a los que nos sancionaron.

Al llegar al canal del Liceo, nos esperaba un adusto Oficial de Guardia y algunos pocos marineros de turno. Se notaba su preocupación y enojo.

Muy rápidamente amarramos los despojos de los yates a la banda del pontón, entregamos las velas y palamenta en el pañol y corrimos hacia el dormitorio. Abandonamos la escena con la esperanza de que nadie viera el estado de “nuestro barco” y la ilusión de tomar el último ferry

de la noche (el de los cachos del servicio nocturno) hacia Ensenada. Tal vez llegáramos a un tren tardío.

De la cena sólo quedaban sobras, los buenos compañeros, habían tomado nuestras partes como botín de los desaparecidos. Ya nos daban por bajas, ausentes en el mejor de los casos, y no había que desaprovechar un plato más de comida.

Estaba exhausto, agobiado por el fracaso de expedición. Sin embargo, había dominado el barco en el temporal, superado muelles y oleaje. Había vencido la furia del mismo Eolo y los embates de Neptuno, había salido de las garras del naufragio. Guardaba la moneda para otra ocasión.

2. El largo camino a casa

Sólo tenía un turno sin salida que computar, y por tanto podía ya salir de franco. Me cambié al uniforme de parada, sin mediar más preámbulo que un baño polaco y corrí al embarcadero del puesto 1.

El resto, los que quedaban, explicarían al Teniente lo ocurrido para los partes de avería y novedades.

Algo de piedad debía tener el ofiche, pues hizo aguantar esos minutos la embarcación, silenciando los reclamos de las gordas camareras y el desdentado cocinero. Finalmente llegamos a tomar la torpedera y partir, cruzando el canal hacia la Estación Río Santiago. No había tren a esas horas, en realidad no lo había en toda la tarde del sábado. Ese ramal subsistía magramente con la destilería y los ya quebrados frigoríficos, sólo en jornadas laborales, en los cambios de turno. Nadie trabajaba a esa hora ni esos días.

El único medio que quedaba para ir a La Plata era el colectivo, una línea urbana (una forma de decir), que atravesaba Ensenada, Berisso, Cambaceres y áreas téticamente oscuras. Después de larga espera, gasté los escasos pengoes remanentes, de la mesada de cadete, en el pasaje.

El servicio de trenes del Roca a Constitución no ha mejorado mucho desde entonces, eso se mantiene muy original. Ruidosas locomotoras diésel, chorreadas de aceite, traccionaban una decena de vagones indecentemente sucios y desvencijados, en los que los vidrios originales eran ya víctimas del saqueo y la rapiña y los restos del tapizado lucían fragmentos poco poéticos tallados a navaja.

Cansado, hambriento y tiritando de frío, me enrosqué en la capa y esperé que arrancara.

No recuerdo cómo desperté en Constitución, habiendo salteado no sólo mi parada, Quilmes, sino el viaje entero. Carajo, cada vez más tarde, más tiempo perdido de mi escaso franco, más hambre.

No voy a comprar un nuevo boleto, nadie me lo pidió antes, no lo harán ahora. Tomé el mismo tren de regreso a La Plata.

No esperaba la aparición de una sirena, una diosa escultural y desprotegida que acudiera presurosa al resguardo de mi gallardo uniforme, pero siempre hay ilusiones. Temía en cambio algún hostil y sudoroso proletario que regresara a su vil covacha luego de una frustrante jornada de estéril trabajo, o más aún la enfurecida barra brava de Gimnasia, derrotada en Liniers. De cualquier modo, tampoco podría explicar a la de Estudiantes que yo era pincharrata, no les hubiera importado, el uniforme era siempre un buen botín. De cualquier modo, ni lo uno ni lo otro, ni diva ni atemorizante caníbal, no tuve la mínima compañía humana.

Otra vez, el monótono traqueteo de las vías, el silbido del viento en las huecas ventanas, y el sueño me secuestró por una hora. Si dormir es morir un poco, yo estuve completamente muerto ese trayecto.

Nuevamente en La Plata, me encontré un asombrado par de ojos negros, debajo de una gorra gris, preguntándome qué hacía ahí sentado, a medianoche.

Había ido y vuelto, profundamente dormido por el mismo riel.

Cuarenta minutos más tarde, firmemente amarrado con el cinturón beige de gala al puntal de la puerta en el descanso del vagón, la gorra dentro de la valija para que no se volara, emprendí un nuevo viaje hacia Quilmes. Aferrado como Ulises al mástil de su nave, no oiría los cantos seductores de Morfeo, sólo aceptaría invitaciones de carnosas musas ... estaba decidido.

Fue un combate desigual, en el que concilié varias momentáneas derrotas, pero con una quebrantada debilidad de voluntad, logré advertir todas las paradas previas: Bosques, Ezpeleta, Berazategui, hasta Quilmes.

Las diez cuadras hasta la casa de mi abuela, donde paraba desde segundo año, fueron el escollo final. La iluminada peatonal Rivadavia, florecía con la actividad nocturna sabatina. Yo, gallarda cadete naval, en mis mejores galas, ladeada la gorra, canchereada sin el aro, no podía pasar desapercibido ante las seguras miradas femeninas.

¡Qué iluso! Llegué anónimo y hecho una piltrafa a punto de calmar el soponcio de mi alarmada abuela, sólo para ducharme, lastrar algo caliente e irme a la cama.

Otro sábado estaba irremediablemente perdido.

Lunes otra vez

En el recreo mayor del mediodía, luego del rancho, nos aventuramos con Caño hasta la vieja prisión militar que sirviera de Pañol de Velas, al lado de la rampa del original astillero naval (cuna del patachos y rastreadores).

Ingresamos como visitas casuales, muy subrepticamente, sin ser notados.

Trabajaban allí unos pocos empleados civiles con gente de marinería en el mantenimiento y la reparación de velas y cascos.

Los derrelictos del sábado yacían allí, descuartizados por la escollera y desarmados como para quirófano. Mientras un joven cabo pulía la banda, un viejo carpintero, lo instruía sobre el parche a colocar con fibra de vidrio. Escuchamos atentos la conversación...

En el primer intervalo que encontramos oportuno, preguntamos qué le había pasado a ese barco, para hacer semejante estropicio.

La respuesta fue una apocalíptica y detallada descripción, de las calamidades que provocan esos desaprensivos e ineptos seres engendrados por la isla, los cadetes. De cómo transformaron una navegación con viento fresco en la tormenta de Fasnet, una vulgar comparación con las pérdidas de Trafalgar, con alusiones a la impericia y negligencia de la flota napoleónica.

El juicio del cacho fue terminante: ¡Inconcebible! ¡Imperdonable!

Fuimos más allá y cuestionamos quiénes serían los culpables de todo eso, descubriendo que felizmente no había trascendido aún, pero que seguramente se haría pública una reprimenda ejemplar y se le cobrarían los daños.

El experimentado laburante calculaba que no serían menos de \$300, una cifra sideral para el momento. Un barco nuevo, varias cuotas mensuales.

La congoja nos sumió en una depresión profunda, castigos, represalias, deudas, burlas ... nuestro final en el Liceo, como ridículos en público.

El profesor también estuvo cabizbajo y lejano, nos reprochó alguna maniobra desacertada y se apenaba de su propia autorización de alterar la derrota original, de aventurarse al río. Ya no confiaría en nosotros, quizás tampoco en sí mismo.

Esperamos angustiados varios días. Debatíamos sobre los pros y contras de presentarnos a Jefe de Año o al Jefe de Cuerpo, de llamar a nuestros padres, de pedir la baja antes de recibirla obligatoriamente, de pagar al contado o en cuotas, etc., etc.

Los días pasaron.

Llegó el viernes y no habíamos sido sancionados.

Llegó fin de mes y no hubo cargos extras en las boletas.

Llegó el boletín y no estábamos siquiera aplazados en vela.

Nada pasó. El hecho fue olvidado o perdonado.

Malecones

No fuimos desalentados y, de hecho, otros ingredientes echaríamos al caldero.
Sólo quedó la vivencia abonando nuestra experiencia y alimentando nuestra fantasía.
Pronto le agregaremos las serpientes ...